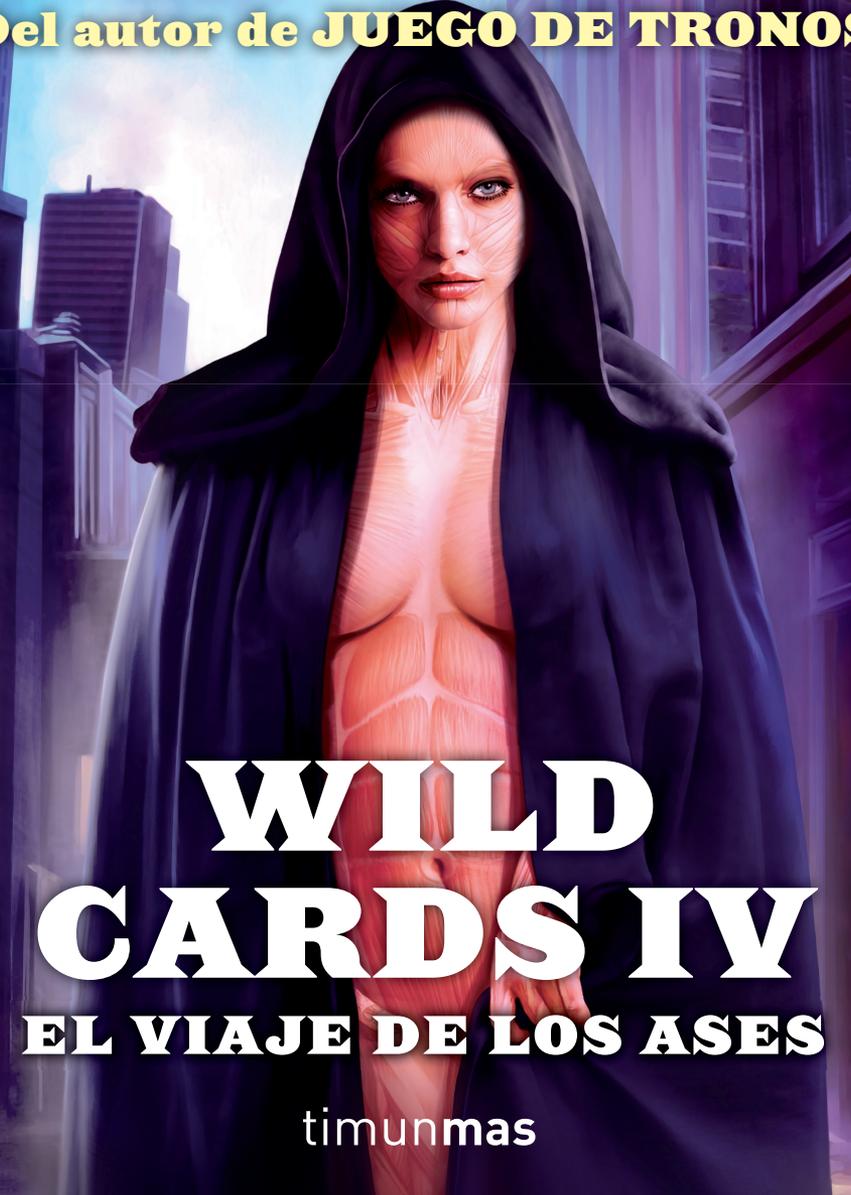


EDITADO POR

# GEORGE R. R. MARTIN

Del autor de **JUEGO DE TRONOS**



## WILD CARDS IV

EL VIAJE DE LOS ASEES

timunmas

 EL VIAJE DE LOS ASES 

---

# WILD CARDS IV

---



Editado por



**George R. R. Martin**

timunmas

---

## Los matices del odio

---

### PRIMERA PARTE

**Lunes 1 de diciembre de 1986, Siria:**

Un viento frío y seco soplaba desde la cordillera an-Nusayriyah de Jabal, a través del desierto de lava rocosa y grava de Badiyat Ash-sham. La corriente hacía chasquear los extremos sobresalientes de los techos de lona en las tiendas que se apiñaban en torno al poblado. El vendaval obligaba a aquellos que estaban en el mercado a ceñirse más los cintos de las túnicas para protegerse del frío. Bajo el techo acolmenado del mayor de los edificios de adobe, una ráfaga perdida hizo que la flama lamiera la base de una tetera esmaltada.

Una mujer menuda envuelta en un chador (el atuendo negro islámico) servía el té en dos tazas pequeñas. Excepto por una hilera de cuentas de un azul brillante en el tocado, no llevaba adorno alguno. Pasó una de las tazas a la otra persona que había en la habitación, un hombre de cabello negro azabache de estatura mediana cuya piel resplandecía con un centelleo esmeralda bajo una túnica de brocado de azul.

La mujer podía sentir el calor que emanaba de él.

—Hará más frío en los próximos días, Najib —dijo mientras sorbía el penetrante té dulce—. Al menos estarás más cómodo.

Najib se encogió de hombros, como si sus palabras no significaran nada. Apretó los labios y su mirada oscura e intensa la atrapó:

—Es la presencia de Alá, que resplandece —dijo con su voz áspera y su habitual arrogancia—. Nunca me has oído quejarme, Misha, ni siquiera bajo el calor del verano. ¿Acaso crees que soy una mujer, que maldice al cielo en vano por su miseria?

Por encima de los velos, los ojos de Misha se entrecerraron.

—Soy Kahina, la vidente, Najib —contestó, permitiendo que un cierto desafío asomara en su voz—. Conozco muchos secretos. Sé que cuando el calor se propaga sobre las piedras mi hermano Najib desearía no ser Nur al-Allah, la Luz de Alá. —Una repentina bofetada con el revés de la mano la alcanzó e hizo que la cabeza le rebotara hacia un lado. El té hirviendo le quemó la mano y la muñeca; la taza se hizo añicos sobre las alfombras cuando cayó despatarrada a sus pies. Los ojos del hombre, del negro más intenso contra un rostro luminiscente, la miraron con odio mientras ella se llevaba la mano a la mejilla lastimada. Misha sabía que no se atrevería a añadir nada más. Reunió los restos de la taza en silencio, de rodillas, secando el charco de té con el borde de la túnica.

—Sayyid vino a mí esta mañana —dijo Najib mientras la miraba—. Volvía a tener quejas. Dice que no eres una buena esposa.

—Sayyid es un cerdo cebado —contestó Misha, aunque no levantó la mirada.

—Dice que debe forzarte para tener relaciones contigo.

—Por lo que a mí respecta, no tiene por qué molestarse.

Najib frunció el ceño y emitió un sonido de disgusto:

—¡Bah! Sayyid lidera mi ejército. Es su estrategia la que barrerá a los *kafir* de regreso al mar. Alá le ha dado el cuerpo de un dios y la mente de un conquistador, y me rinde obediencia. Por eso te entregué a él. Lo dice el Corán: «Los hombres tienen autoridad sobre las mujeres porque Alá ha hecho al uno superior a la otra. Las buenas mujeres son obedientes.» Tú te burlas del regalo de Nur al-Allah.

—Nur al-Allah no debería haber entregado aquello que le completa. —Ahora sus ojos se dirigieron hacia arriba, retándolo, mientras que las diminutas manos se cerraban sobre los fragmentos de cerámica—. Estuvimos juntos en el vientre materno, hermano. Así es como Alá nos hizo. A ti te tocó con Su luz y Su voz, y Él me dio el don de Su visión. Tú eres Su boca, el profeta; yo soy tu visión del futuro. No te engañes ni te ciegues a ti mismo, o serás vencido por tu propio orgullo.

—Entonces escucha las palabras de Alá y sé humilde. Agradece que Sayyid no insista en que se te aplique el *purdah*: sabe que eres Kahina, por lo que no te obliga a recluirte. Nuestro padre no debió enviarte nunca a Damasco para ser educada; la infección de los no creyentes es insidiosa. Misha, haz que Sayyid esté satisfecho, pues eso me hará feliz. Mi voluntad es la voluntad de Alá.

—Sólo a veces, hermano... —Hizo una pausa. Su mirada se perdió en la distancia, sus dedos se crisparon. Gritó cuando la porcelana laceró su palma. La sangre corrió brillante sobre los cortes superficiales. Misha se tambaleó, gimiendo, y entonces su mirada volvió a enfocarse de nuevo.

Najib dio un paso hacia ella:

—¿Qué sucede? ¿Qué has visto?

Misha acunó su mano herida contra el pecho, con las pupilas dilatadas por el dolor:

—Lo único que importa es aquello que te afecta a ti, Najib. No importa que yo sufra, o que odie a mi marido, o que Najib y su hermana Misha se hayan perdido en los roles que Alá les dio. Lo que importa es lo que Kahina le pueda decir a Nur al-Allah.

—Mujer... —empezó Najib en tono de advertencia. Su voz adoptó una profundidad cautivante, un timbre que instó a Misha a levantar la cabeza y la obligó a abrir la boca para empezar a hablar, a obedecer irreflexivamente. Se estremeció como si el viento del exterior la hubiera alcanzado.

—No uses el don conmigo, Najib —dijo en un tono irritante. Su voz sonaba tan áspera como la de su hermano—. No soy una suplicante. Oblígame a obedecerte demasiadas veces usando la lengua de Alá y puede que un día descubras que te he arrebatado los ojos de Alá con mis propias manos.

—Entonces cumple como Kahina, hermana —replicó Najib, usando únicamente su voz esta vez. La observó mientras ella se acercaba a un baúl con incrustaciones, retiraba una tira de tela y envolvía despacio su mano—. Cuéntame lo que acabas de ver. ¿Era la visión de la yihad? ¿Me has visto sosteniendo el cetro del califa de nuevo?

Misha cerró los ojos, evocando la imagen del rápido sueño que acababa de tener despierta.

—No —le dijo—. Ésta era nueva. He visto un halcón contra el sol, a lo lejos. A medida que el ave se iba acercando, me he dado cuenta de que sujetaba a un centenar de personas que se retorcían entre sus garras. Bajo él se erguía un gigante que sujetaba un arco, en una montaña. Lanzaba una flecha hacia el halcón, que al quedar herido gritaba con furia, y las personas que sujetaba gritaban a su vez. El gigante había colocado una segunda flecha en el arco pero éste se le retorció en las manos, y la flecha encontraba un blanco en el propio pecho del gigante. He visto que el gigante caía... —Los ojos de Misha se abrieron—: Eso es todo.

Najib frunció el ceño, molesto. Se pasó una mano resplandeciente frente a los ojos:

—¿Qué significa eso?

—No lo sé. Alá me da los sueños pero no siempre la comprensión. Tal vez el gigante sea Sayyid...

—No ha sido más que un sueño tuyo, no de Alá. —Se alejó de ella a zancadas, y la mujer supo que estaba enojado—. Yo soy el halcón, sujetando a los fieles —dijo—. Tú eres el gigante, grande porque perteneces a Sayyid, quien también es grande. Alá te recuerda las consecuencias de resistirte. —Le dio la espalda a Misha y cerró las persianas de la ventana, dejando afuera el brillante sol del desierto. El muecín llamó desde la mezquita del pueblo:

—*A shhadu allaa alaha illa llah*: Alá es grandioso. Soy testigo de que Alá es el único Dios.

—No deseas más que la conquista, el sueño de la yihad. Quieres ser el nuevo Muhammad —respondió Misha con rencor—. No aceptarás ninguna otra interpretación.

—*In sha'allah* —contestó Najib: si Alá quiere. Y evitó darle la cara—. Alá ha visitado a algunos con Su terrible azote y les ha mostrado los pecados con su carne descompuesta y maltrecha. A otros, como Sayyid, les ha regalado un don. Cada uno ha recibido lo que le correspondía. Él me ha elegido a mí para guiar a los fieles. Sólo cumplo con mi deber: tengo a Sayyid, quien guía a mis tropas, y además lucho con quienes se esconden, como al-Muezzin. Tú también guías. Tú eres Kahina, y también eres *Fqihas*, aquella a quien las mujeres buscan para que las oriente.

La Luz de Alá se volvió hacia la habitación. En la penumbra de las persianas era una presencia espectral. Y le dijo a su hermana:

—Y así como yo obedezco la voluntad de Alá, *tú* debes obedecer la mía.

### Lunes 1 de diciembre de 1986, Nueva York:

La rueda de prensa era un caos.

El senador Gregg Hartmann al fin se escapó a una esquina libre, tras uno de los árboles de Navidad, seguido por su esposa, Ellen, y su asistente, John Werthen. Luego examinó la habitación con el ceño notoriamente fruncido. Meneó la cabeza hacia el as del Departamento de Justicia, Billy Ray (Carnifex), y el guardia de seguridad del gobierno que trató de unírseles, y les hizo señas con la mano para que retrocedieran.

Gregg había pasado la última hora esquivando a los reporteros, sonriendo con diplomacia a las cámaras de vídeo y parpadeando hacia la tormenta eléctrica constante de flashes. La estancia estaba saturada del ruido de las preguntas lanzadas a gritos y los chasquidos y zumbidos de las rápidas cámaras Nikon. Musak tocaba melodías propias de la época desde los altavoces del techo.

Ahora el contingente principal de la prensa rodeaba al Dr. Tachyon, Chrysalis y Peregrine. El cabello escarlata de Tachyon resplandecía como un faro entre la multitud; Peregrine y Chrysalis parecían competir para ver quién podía posar de manera más provocativa ante las cámaras. Cerca de ahí, Jack Braun —Golden Boy, el As traidor—, era ignorado con deliberación.

La turba se había reducido un poco desde que el personal de Hiram Worcester del Aces High había dispuesto las mesas con el bufet; algunos de los miembros de la prensa se habían apoderado de modo permanente de las repletas bandejas.

—Lo siento, jefe —dijo John, junto a Gregg. El asistente sudaba incluso en aquella fría habitación. Las luces navideñas parpadeantes se le reflejaban en la frente perlada de sudor: rojo, azul, verde—. Alguien del personal del aeropuerto metió la pata. Se suponía que no iba a ser la típica batalla campal. Les dije que debían escoltar a la prensa al interior *después* de que vosotros estuvierais listos y que harían sólo algunas preguntas, y entonces... —Se encogió de hombros—. La culpa es mía. Debí haber comprobado que todo estaba preparado.

Ellen le dirigió a John una mirada fulminante pero no dijo nada.

—Si John pide disculpas, haga que se postre primero, senador. ¡Qué desastre! —Esto último fue un susurro en el oído de Gregg: su otra asistente, Amy Sorenson, quien hacía años que trabajaba para él, circulaba entre la multitud como si fuera parte del personal de seguridad; la radio de intercomunicación tenía conexión directa con un receptor inalámbrico que Gregg llevaba en el oído. Ella le pasaba información, le daba nombres o detalles concernientes a las personas con las que se topaba. La memoria del senador para nombres y rostros era bastante buena, pero Amy era un respaldo excelente. Entre los dos se encargaban de que el hombre rara vez perdiera la oportunidad de salvar de manera personal a quienes lo rodeaban.

El miedo de John hacia la ira de Gregg adquirió un morado vívido y palpitante que sobresalía entre la maraña de sus emociones. El senador podía sentir la sosa y plácida aceptación de Ellen, con un ligero tono de fastidio.

—Está bien, John —le dijo Gregg con suavidad, aunque por dentro bullía de rabia. Esa parte de sí mismo a la cual se refería en secreto como «el Titiritero» se revolvió, inquieta, suplicando que la dejara libre para jugar con el torrente de emociones que había en la habitación: «La mitad de ellos son nuestros títeres, son controlables. Mira, ahí está el padre Calamar, cerca de la puerta, tratando de alejarse de aquella reportera. ¿Aún sientes esa angustia escarlata cuando sonrío? Le encantaría escurrirse para alejarse de la mujer pero es demasiado educado para hacerlo. Podríamos alimentar esa frustración hasta convertirla en ira, hacer que la maldiga. Podríamos alimentarnos de eso. Sólo hace falta un empujoncito...»

Pero el senador no podía hacer eso, no con todos los ases reunidos ahí, aquellos que no se atrevía a usar como marionetas porque también poseían habilidades mentales o, simplemente, porque sentía que la perspectiva era demasiado arriesgada: Golden Boy, Fantasy, Mistral, Chrysalis; y el más temido de todos, Tachyon. «Si tuvieran el más mínimo indicio de la existencia del Titiritero, si supieran lo que he hecho para alimentarlo, Tachyon haría que me atacaran en manada, como hicieron con los masones.»

Gregg aspiró profundamente. La esquina estaba cargada de un excesivo aroma a pino.

—Gracias, jefe —dijo John. Su temor lila comenzó a desvanecerse. Al otro lado de la habitación, Hartmann vio cómo el padre Calamar al fin lograba

liberarse de la reportera y caminaba arrastrándose lastimosamente sobre los tentáculos hacia el bufet de Hiram. La periodista vio a Gregg en ese mismo instante y le dedicó una mirada extraña y penetrante. Se dirigió hacia él.

Amy también había advertido el movimiento.

—Sara Morgenstern, corresponsal del *Post* —le susurró al oído—. Premio Pulitzer en el 76, por su trabajo «La Gran Revuelta de Jokertown». Coescribió ese artículo desagradable sobre SCARE en la *Newsweek* de julio. También acaba de hacerse un cambio de imagen. Se la ve muy distinta.

La advertencia de Amy le cogió por sorpresa... no la había reconocido. Recordó el artículo: le faltaba poco para ser una calumnia, daba a entender que Gregg y los ases de SCARE estaban involucrados en la ocultación de hechos por parte del gobierno, relacionados con el ataque de la Madre del Enjambre. Recordó la presencia de Morgenstern en diversos eventos de prensa: siempre era la que lanzaba las preguntas más agresivas, con un tono de voz afilado. Podría haberla usado como una marioneta, sólo por rencor, pero ella nunca se le había acercado. Cada vez que coincidían en los mismos eventos, solía mantenerse alejada.

Ahora, al verla aproximarse, se quedó congelado por un instante. Sin duda había cambiado. Sara era tan delgada que parecía un chico, y esa noche era más acentuado: llevaba unos pantalones negros muy ceñidos y una blusa que se le pegaba al cuerpo; se había teñido el cabello de rubio y el maquillaje resaltaba sus pómulos y sus ojos grandes, un tanto azules. Su apariencia le resultó familiar de un modo inquietante.

De repente, Gregg sintió frío y temor.

Dentro de él, el Titiritero aulló al recordar cierta pérdida.

—Gregg, ¿te encuentras bien? —La mano de Ellen le tocó el hombro. Se estremeció al contacto con su esposa y meneó la cabeza.

—Estoy bien —dijo con brusquedad. Sacó a relucir su sonrisa profesional y salió del rincón. Ellen y John se apresuraron a rodearlo, siguiendo una coreografía previamente acordada.

—Señorita Morgenstern —le dijo con calidez mientras extendía la mano, esforzándose porque su voz expresara una calma que no sentía—. Creo que ya conoce a John pero ¿ya le he presentado a mi esposa Ellen...?

Sara Morgenstern asintió mecánicamente hacia ella pero su mirada se mantuvo fija en él. Tenía una extraña sonrisa forzada en el rostro, mitad reto, mitad invitación:

—Senador, confío en que espere este viaje con tantas ansias como yo.

Tomó la mano que él le ofrecía. Sin voluntad, el Titiritero utilizó el momento del contacto. Tal como había hecho con cada nueva marioneta, trazó los caminos de los nervios hasta el cerebro, abriendo las puertas que más tarde le permitirían el acceso a distancia. Encontró las puertas cerradas de sus emociones, los turbulentos colores que se arremolinaban detrás, y los tocó de

un modo posesivo, con avidez. Descorrió cerrojos y pasadores y abrió la puerta de golpe.

El odio rojinegro que se derramó entonces lo envió de regreso, dando tumbos. Todo ese aborrecimiento estaba dirigido hacia *él*, todo. Del todo inesperada, aquella furia no se comparaba con ninguna emoción que hubiera experimentado antes. Su intensidad amenazaba con ahogarlo, hasta el punto de hacerle retroceder. El Titiritero jadeó; Gregg se obligó a disimular su reacción. Dejó caer la mano mientras el Titiritero gemía dentro de su cabeza, y el miedo que lo había alcanzado un momento antes se multiplicó.

«Se parece a Andrea, a Succubus: el parecido es asombroso. Y me detesta. Dios, ¡cuánto me odia!»

—¿Senador? —repitió Sara.

—Sí, estoy muy emocionado por el viaje —respondió de manera automática—. La actitud de nuestra sociedad hacia las víctimas del virus wild card ha empeorado en el último año. A algunas personas, como el reverendo Leo Barnett, les gustaría hacernos retroceder a la opresión que se vivía en los años cincuenta. En los países menos ilustrados la situación es mucho, mucho peor. Podemos ofrecerles comprensión, esperanza y ayuda, y nosotros mismos aprenderemos algo. El Dr. Tachyon y yo nos sentimos muy optimistas con respecto a este viaje, o no habríamos luchado tanto para lograrlo.

Las palabras brotaron con ensayada facilidad mientras se recobraba. Podía escuchar la amistosa naturalidad de su voz, sintiendo cómo su boca formaba una orgullosa media sonrisa. Pero nada de esto lo ayudó en realidad. A duras penas podía fijar la mirada en Sara; en esa mujer que le recordaba demasiado a Andrea Whitman, a Succubus.

«La amé. No pude salvarla.»

Sara pareció percibir su fascinación, porque inclinó la cabeza con el mismo extraño desafío:

—También será un viaje divertido con los gastos pagados, un *tour* mundial de tres meses a costa de los contribuyentes. Su mujer viaja con usted, amigos suyos como el Dr. Tachyon o Hiram Worchester...

Percibió la molestia de Ellen, que estaba a su lado. Era una esposa demasiado entrenada en la política como para responder pero él pudo sentir su súbita tensión: un gato en la jungla buscando una debilidad en su presa. Desconcertado, hizo una mueca tardía:

—Me sorprende que una reportera con su experiencia piense de esa manera, señorita Morgenstern. Este viaje también significa perderse la temporada de vacaciones; yo suelo ir a casa durante las vacaciones del congreso. Significa detenernos en lugares que no están precisamente en la lista de recomendaciones de la guías Fodor. Significa reuniones, sesiones informativas,

interminables conferencias de prensa, y una tonelada de papeleo de la que le aseguro que podría prescindir. Le garantizo que éste no es un viaje de placer. Me gustaría dedicarme a otra cosa que no fuera observar los procedimientos y enviar a casa un informe de mil palabras cada día.

Sintió el negro odio hinchándose dentro de ella, y el poder del Titiritero anhelaba tomar cartas en el asunto: «Déjame usarla. Permíteme reducir ese fuego. Elimina ese odio y te dirá lo que sabe. Desármala.»

«Es toda tuya», contestó. Y el Titiritero saltó. Gregg se había enfrentado a otros tipos de desprecio antes, cientos de veces, pero ninguno se había centrado en él. Descubrió que el control de la emoción era elusivo y resbaloso, el odio de la mujer lo rechazaba, como una entidad palpable y viva, y pronto envió al Titiritero de regreso:

«¿Qué demonios esconde? ¿Qué es lo que causó esto?»

—Suena a la defensiva, senador —dijo Sara—. Sin embargo, un reportero no puede dejar de pensar que el propósito principal de este viaje, en especial cuando se trata de un candidato presidencial en potencia para las elecciones del 88, sea borrar, de una vez por todas, los recuerdos de lo que sucedió hace una década.

Gregg no pudo evitar realizar una inspiración: «Andrea, Succubus.» Sara sonrió, con la sonrisa de un depredador. El hombre se preparó para enfrentar ese odio de nuevo.

—Yo diría que la Gran Revuelta de Jokertown nos obsesiona a ambos, senador —continuó con su voz engañosamente trivial—. El tema me atrapó cuando escribí al respecto. Su comportamiento tras la muerte de Succubus le costó la nominación para el partido demócrata de ese año. Después de todo, ella no era más que una prostituta, ¿verdad, senador?, y no se merecía su... su pequeña «crisis nerviosa». —El recuerdo lo hizo ruborizarse—. Apuesto que desde entonces ambos hemos pensado en ese momento cada día —continuó Sara—. Han pasado diez años y yo todavía lo recuerdo.

El Titiritero gimió, en retirada. Azorado, Gregg se vio obligado a guardar silencio. «Por Dios, ¿qué es lo que sabe, qué está insinuando?»

No tuvo tiempo de formular una respuesta. La voz de Amy le habló al oído de nuevo:

—Digger Downs se dirige hacia usted a paso veloz, senador. Trabaja en la revista *Ases*, cubre la sección de entretenimiento; un verdadero depravado, si me lo pregunta. Supongo que vio a Morgenstern y se le ocurrió que debía acercarse a una buena reportera de verdad...

—¿Qué tal, amigos? —La voz de Downs se introdujo en la conversación antes de que Amy terminara de hablar. El senador desvió por un momento la mirada de Sara para ver a un joven pálido y de baja estatura. Downs se removió nerviosamente, sorbiendo por la nariz, como si tuviera la gripe—. ¿Te importa que otro reportero meta la nariz, Sara, cariño?»

Downs tenía una manera de interrumpir exasperante, sus modales eran groseros y de una falsa familiaridad. Pareció notar el enojo de Gregg. Sonrió y miró primero a Sara y después a Gregg mientras ignoraba a Ellen y John.

—Creo que ya he dicho todo lo que tenía que decir..., por el momento —contestó la reportera. Sus ojos de color aguamarina pálido permanecían fijos en los del senador; su rostro fingía una inocencia infantil. Entonces, con un giro ágil, se apartó de él y se dirigió hacia Tachyon. Gregg no dejó de mirarla fijamente.

—Estos días está más guapa de lo normal, ¿verdad, senador? —Downs sonrió de nuevo—. Por supuesto no tanto como usted, señora Hartmann. Bien, permitan que me presente: soy Digger Downs, de la revista *Ases*, y me pegaré a ustedes como una lapa en esta pequeña aventura. Nos vamos a ver muchísimo.

Gregg, al ver que Sara desaparecía entre la multitud que envolvía al doctor, se dio cuenta de que Downs lo miraba de manera extraña. Con grandes esfuerzos, se obligó a alejar su atención de la mujer:

—Mucho gusto —le dijo a Downs.

Sintió cómo esbozaba una sonrisa demasiado acartonada. Hasta las mejillas le dolieron.

